grandes dificultades; la misma tierra removida pesaría violentamente sobre la cubierta y me impediría maniobrar debidamente. Jamás volvería á ver la luz del sol, y ya sentía los desprendimientos parciales cayendo sobre mi cuerpo, cuando al hacer un movimiento con los pies buscando un punto de apoyo, creí notar que la tabla que cerraba la caja por su extremo inferior cedía á la presión. Entonces empujé vigorosamente pensando que por aquella parte y junto á la mía podía haber una fosa recién cavada y descubierta. A la presión violenta cedió la tabla y sentí mis pies en el vacío. Había acertado. Era una fosa recién abierta. No tuve más que horadar un ligero tabique de tierra para salir á aquella fosa. ¡Gran Dios, me había salvado!

Un instante permanecí de espaldas, con los ojos en el cielo, en el fondo del hoyo. Era de noche. Las estrellas lucían en un azul de terciopelo. De vez en cuando se alzaba un viento que me traía aromas de primavera, olores de árboles. ¡Gran Dios, estaba salvado! Yo respiraba, tenía calor, lloraba, balbuceaba con las manos extendidas hacia el espacio. ¡Oh, que hermosa es la vida!

V

Mi vuelta al mundo

Mi primer pensamiento fué dirigirme á la casa del conserje del cementerio para que me pusiese en condiciones de volver á la mía. Pero comprendí que huiría asustado al verme, y pensé prescindir de su auxilio. Yo me palpaba los miembros y me sentía ágil y sin más sensación de dolor que la vaga producida por las mordeduras de mis dientes que sentía en el brazo derecho. Una excitación febril sentía que me daba fuerzas para todo. Sin embargo, las ideas no surgían sino muy confusamente de mi cerebro. Ahora había notado detrás de mí, junto á la sepultura, los útiles de los enterradores, y sentí la necesidad de hacer desaparecer las huellas de mi resurrección dejando las fosas en su estado primitivo; no tenía idea clara de por qué pensaba en la completa inutilidad de publicar la aventura de mi vuelta á la vida, cuando todo el mundo me creía muerto. Puse manos á la obra, y en media hora de trabajo terminé mi tarea.

¡Qué noche tan hermosa! Reinaba un silencio profundo en el cementerio. Los árboles negros producían sombras in-

móviles en medio de la blancura de las tumbas. Tratando de orientarme, noté que una mitad de cielo brillaba con un reflejo de incendio. París estaba allí. Me dirigí hacia aquel lado, á lo largo de un paseo, en la obscuridad de las llamas. Pero después de dar unos cincuenta pasos tuve que detenerme ya sin aliento y me senté en un banco de piedra Entonces me examiné: estaba completamente vestido, hasta calzado; pero me faltaba el sombrero ¡Cuánto agradecía yo á la pobre Margarita el sentimiento que la había hecho vestirme! El brusco recuerdo de Margarita me puso de pie. Quería verla.

Al cabo del paseo una pared me detuvo. Subí sobre una tumba, y cuando conseguí ponerme á caballo me dejé caer por el otro lado de la pared. La caída fué ruda. Después anduve algunos minutos por una calle desierta que giraba alrededor del cementerio. Ignoraba completamente dónde estaba; pero yo me repetía, con la obstinación de una idea fija, que iba á volver á entrar en París, y que yo sabría encontrar la calle Dauphine. Pasó gente y no pregunté, lleno de desconfianza y no queriendo hablar con nadie. Hoy tengo conciencia de que una fuerte calentura me sacudía, haciéndome perder la cabeza. Al fin, al desembocar en una gran vía, una ofuscación tan grande se apoderó de mí, que caí pesadamente sobre la acera.

Aquí hay un paréntesis en mi vida. Durante tres semanas permanecí sin conocimiento. Cuando pude darme cuenta de que vivía, me encontré en una habitación desconocida, atendido por los cuidados de un hombre á quien jamás había visto, y el cual me dió cumplida explicación de todo. Una mañana me había encontrado sin conocimiento en el boulevar Montparnase y me había conducido á su casa. El era un antiguo médico que no ejercía ya la profesión. Cuando yo, reconocido, le dí las más expresivas gracias, me interrumpió bruscamente que nada tenía que agradecerle: le había parecido que mi caso era curioso, y quería sencillamente estudiarlo. Después, durante los primeros días de mi convalescencia, no me permitió hablar sino de lo más indispensable. Todavía guardé cama por espacio de ocho días, sintí gran debilidad de cabeza y un sentimiento grandísimo de temor y pesar. El doctor procuraba apartar de mi pensamiento todo lo pasado: quizás en el delirio habría yo dejado escapar el nombre de mi mujer; pero mi protector no me hacía alusión á nada: su caridad era discretísima.

Fuera del lecho pasé unos días convaleciente; había llegado el verano, y estábamos en el mes de Junio, cuando

una mañana obtuve de mi doctor permiso para dar un corto paseo. Era una mañana hermosísima de esas en que el sol parece envolver con alegrías de juventud las calles del viejo París. Yo andaba tranquilamente por las calles, preguntando en cada encrucijada la dirección de la calle de la Delfina. Llegué por fin, y reconocí el hotel donde Margarita y yo habíamos parado. Un pavor infantil agitaba todo mi cuerpo. S me presentaba bruscamente á mi mujer podría matarla mi presencia. Lo mejor sería avistarme con aquella señora Gabin, nuestra vecina; pero me molestaba que hubiese nadie entre mi mujer y yo, y en resolución no sabía que partido tomar.

La casa parecía amarilla por la fuerza del sol. La reconocí por un restaurant que había en el piso bajo, de donde nos subían de comer. Levanté los ojos y miré á la última ventana del tercer piso á la izquierda. Estaba abierta de par en par. De pronto, una mujer despeinada, con la chambra atravesada, se asomó y detrás un joven que la perseguía adelantó la cabeza y la besó en el cuello. No era Margarita y yo no experimenté ninguna sorpresa. Me pareció que había soñado aquello y otras muchas cosas que iba á saber.

Me quedé un instante en la calle, indeciso, pensando en subir y preguntar á aquellos enamorados que se reían siem-

pre en pleno sol. Luego tomé la determinación de entrar en el fonducho de abajo. Yo debía estar muy cambiado: la barba me había crecido durante la calentura cerebral, y tenía la cara muy enflaquecida. Al sentarme en una mesa, vi precisamente á la señora Gabin que traía una taza para comprar dos sueldos de café, y se colocó delante del mostrador, emprendiendo con la señora del establecimiento los comadreos de todos los días. Presté el oído.

—¿Y qué?—preguntaba la señora;—¿acabó al fin de decidirse esa pobre chica del tercero?

—¿Qué queréis que sucediera?—respondía la señora de Gabin.—Era lo que convenía más. El señor Simoneau la manifestaba tanta amistad... Por fortuna había puesto término á sus negocios una grande herencia, y la ofrecía llevársela á su tierra á vivir con una tía de él, que necesitaba una persona de confianza.

La señora del mostrador se sonrió ligeramente. Yo me había ocultado la cara con un pariódico, muy pálido, con las manos temblorosas.

—Vaya, eso acabará por un matrimonio...—decía la señora Gabin—no veo nada de particular; ella ha llorado á su marido, y él se ha portado como un caballero; en fin, ayer se han marchado; cuando haya terminado el luto, sin duda realizarán el proyecto.

En aquel momento se abrió la puerta del restaurant, y apareció la pequeña Adela.

—¿Mamá, no subes?... vamos.

—Déjame niña, ¡que siempre has de estar molestando!

La pequeña se aproximó al mostrador y se quedó escuchando la conversación de las dos mujeres con ese aire de precocidad propio de los pilluelos de París.

—Después de todo—continuaba la Gabin—el difunto no valía lo que el señor Simoneau... Con su raquítica figura, siempre jimoteando... no, no, verdaderamente, es desagradable para una mujer de sangre... mientras que el señor Simoneau, un hombre rico, fuerte como un turco...

—¡Oh!—interrumpió la pequeña—yo lo he visto un día que se estaba afeitando ¡y tenía unos pelos en los brazos!...

—¿Quieres largarte?—dijo la vieja empujándola;—siempre te metes donde no te llaman.

Y luego, para concluir:

—Mirad, el otro ha hecho muy bien en morirse. Ha sido una suerte loca.

Cuando volví á verme en la calle, anduve muy despacio con las piernas quebrantadas. Sin embargo, yo no sufría gran cosa. Hasta tuve una sonrisa al ver mi sombra al sol. En efecto estaba muy débil, y tuve una idea singular

al casarme con Margarita; me acordaba de sus aburrimientos de Guerande, sus impaciencias, su vida taciturna y fatigada. La querida mujer se mostraba buena, pero yo no había sido su amante; venía á llorar á un hermano. ¿A qué había de ir yo á desarreglar su vida? Un muerto no tiene celos. Cuando levanté la cabeza vi que el jardín del Luxemburgo estaba delante de mí. Entré y me senté al sol, soñando con una gran dulzura. El pensamiento de Margarita me enternecía ahora. Yo me la representaba en provincias, señora en un pueblo, muy feliz, muy amada, muy festejada; embellecía, tenía tres niños y dos niñas. ¡Vamos, yo era un hombre de bien con haberme muerto, y no haría la ciertamente cruel tontería de resucitar!

Desde entonces he viajado mucho. He vivido un poco en todas partes. Soy un hombre mediano que ha trabajado y ha comido como todo el mundo. La muerte no me asusta, pero ella parece que se ha olvidado de mí ahora que yo no tengo ninguna afección que me haga agradable la vida.

FIN.